



LA LITERATURA CHILENA EN LOS ÚLTIMOS VEINTE AÑOS

Teresa Calderón *

Si queremos hacer un recorrido por la Literatura Chilena de los últimos veinte años, debemos tener presente, en primer lugar, que las condiciones sociohistóricas en que ella se produjo no fueron las regulares. Un país como Chile, si bien ha tenido conflictos políticos en el transcurso de su historia, nunca se vio envuelto en uno de la envergadura del Golpe de Estado de 1973, ni en sus repercusiones.

En este período, la mayoría de los intelectuales estaba involucrado con el proceso político del país, por lo que al presentarse los acontecimientos del 73, se produce un fenómeno que se ha llamado “la diáspora”, y que involucra el exilio, el autoexilio, la prisión, relegaciones, etc. En una primera etapa se vivió un período de silencio literario absoluto al interior del país. A continuación le siguió una proliferación de autoediciones rudimentarias, fotocopias, copias mimeografiadas, especialmente en el ámbito de la poesía testimonial y de protesta o recitales poéticos, de los que no quedaba registro, por razones obvias.

Las consecuencias de lo anterior son de variada índole. Acaso lo más importante es que se produce una “literatura de adentro” y una “literatura de afuera”.

Por una parte, en poesía, la característica esencial de la llamada generación del 60, integrada por un grupo de poetas muy jóvenes, valores asombrosamente prematuros como fue el caso de Gonzalo Millán, Jaime Quezada, Floridor Pérez, Manuel Silva Acevedo, Federico Schopf, etc., quienes ya tenían su primer libro publicado cerca de los veinte años, fue la de constituirse en grupos (generación de grupo de grupos la llama Floridor Pérez) en torno a una revista y recibían, además, el apoyo de las respectivas universidades que los acogían. Así aparecieron “Tebaida” en Arica, “Arúspice” en Concepción y “Trilce” en Valdivia.

En palabras de uno de sus integrantes, les importaba más “nuestra revista” que “mi libro”, lo que daba a entender una preocupación socializadora esencial en la concepción del quehacer poético.

(*) Poeta. Profesor Universidad Nacional Andrés Bello.

Como decía Enrique Valdés, no concebían al poeta como un sujeto elevado, ni como un vate oficial que entrega su mensaje al pueblo, ni como sacerdote de cofradías herméticas. Según este poeta, se apartaban conscientemente de una tradición de genialidad, del pequeño Dios, y optaban por el descenso al hombre común, al ciudadano que conoce su oficio o como consecuencia el poeta ampliaría su horizonte cotidiano, y podría entrar en contacto con un conocimiento más profundo de los otros seres humanos. Sus poetas más cercanos eran Parra desde sus Antipoemas y Enrique Lihn, Jorge Teillier y Armando Uribe Arce.

Otro aspecto de esta generación era una inquietud permanente y vital que los llevaba a estar constantemente organizando encuentros que les permitieran el contacto tanto entre ellos como con poetas extranjeros con el fin de mantener esa relación de continuidad con la tradición de poetas precedentes o mayores, donde la figura de Gonzalo Rojas, nuestro más reciente Premio Nacional, fue un aliciente incondicional.

La actitud poética básica señalada por la crítica en relación a este grupo de poetas es que se trataría de un conjunto de autores que sitúa su discurso y su experiencia poética en un mundo lárlico, es decir, una poesía del lugar de origen, que, históricamente, en la literatura chilena, se refiere a un espacio y tiempo determinados: la frontera en el momento en que empieza la colonización en el siglo pasado. Sus referentes principales en la tradición poética son Pablo Neruda, Juvencio Valle y Jorge Teillier. Los cultores de la poesía lárlica en la generación del 70 son Jaime Quezada, Enrique Valdés, Floridor Pérez y Omar Lara. Por otra parte, hay un segmento de autores que adopta temas contemporáneos más complejos; se ubican en el espacio de la ciudad e integran el lenguaje como un protagonista de indudable complejidad. Dentro de este otro segmento de los poetas más relevantes del sesenta, se contaría a Waldo Rojas, Federico Schopf, Oscar Hahn y Gonzalo Millán.

Entre otros aspectos, los poetas de esta generación prefieren el verso libre, de carácter epigramático, un lenguaje directo, sin mayores complicaciones retóricas y una visión bastante desgarrada para contemplar la realidad. Javier Campos dice que esta generación recurre a formas desacralizadoras de poetizar, como frases hechas, giros coloquiales, núcleos anecdóticos, elementos conversacionales y renovación de viejos tópicos. Se puede afirmar que es ésta una generación cuyo núcleo central de preocupación es lo cotidiano como centro de la escritura y la sociedad que la determina.

Esta preocupación por lo cotidiano y un lenguaje directo, sin juegos retóricos, concentrado y de una capacidad de síntesis admirable, se puede apreciar en el siguiente poema de Jaime Quezada titulado "Retrato Hablado": "Digo pan / y la mesa extiende su mantel / como un cuaderno de dibujo / y en un abrir y cerrar de ojos / ya no existe el pan / ni la mesa / ni el mantel / : Sólo el retrato hablado de mi hambre".

En relación a la narrativa, la generación del 60, formada por Skármeta, Poli Délano, Ariel Dorfman, Carlos Olivares y Luis Domínguez, entre otros, presenta características similares a sus coetáneos poéticos en lo que dice relación a una preocupación por lo cotidiano, la simpleza del lenguaje y la inquietud social, pero se distancian en la medida en que se plantean como totalmente rupturistas en relación con los narradores anteriores, la generación llamada del 57, cuyos integrantes más desta-



cados son José Donoso, Jorge Edwards y Enrique Lafourcade, entre otros, quienes son considerados por sus continuadores como representantes de un lenguaje rebuscado, burgués y demasiado metafísico.

Los principales narradores de esta generación optan por un lenguaje y temática vitalista; son coloquiales, agresivos y desenfadados. Liberados de toda retórica quieren escribir como viven, incluyendo en sus relatos, lugares comunes intencionados, clisés y el argot adolescente de la época. Casi gran parte de su literatura la desarrollan ya estando en el exilio, donde asumen, a veces, el papel del cronistas o portavoces de esta cruenta experiencia.

Durante el primer período que va desde el 74 al 82, el panorama al interior del país en cuanto a publicaciones es bastante desolador: un total de 88 libros de poesías y sólo 47 novelas. Dentro de estas cifras se incluyen obras difíciles de pesquisar por corresponder a autoediciones no registradas en bibliotecas y sin referencias críticas, lo que las disminuye aún más; además por tratarse de obras que se constituyen como una actividad estrictamente minoritaria, casi oculta, tienen efectos casi nulos sobre el público.

Entre los poetas que se quedan produciendo en el país están los menos; entre ellos, Nicanor Parra, Eduardo Anguita, Enrique Lihn, Manuel Silva Acevedo y Jaime Quezada. Los que continúan produciendo su trabajo afuera, y que también forman parte de la literatura chilena, son los más; por decir una cifra: 60 sólo en Europa.

De los nombres citados, Nicanor Parra y Enrique Lihn son fundamentales en el período al que nos referimos, pues continúan casi ininterrumpidamente su trabajo literario, a pesar de las condiciones adversas, y constituyen el referente principal para los poetas que comienzan a escribir en la década del setenta. En su poesía está, por lo tanto, el germen de la obra de los nuevos poetas.

Jaime Quezada publica "Astrolabio" en 1976, que es un compendio de toda su obra escrita y publicada hasta ese momento. Nicanor Parra aparece con sus célebres "Sermones y Prédicas del Cristo de Elqui" en 1977, y Enrique Lihn con "París, situación irregular", también en 1977, siendo éstas las primeras publicaciones de poesía más significativas dentro de los 20 años a los que nos referimos. Sus características son, dentro de la línea de cada autor y sin desmedro de su calidad literaria, torcerle la mano a la censura y poder aludir, decir entre líneas, asumir enmascaramientos, para referirse a la realidad sufrida por el país en la época.

Enrique Lihn es uno de los más prolíficos autores que queda escribiendo dentro de Chile. A "París, situación irregular" se le deben agregar otros títulos como "A Partir de Manhattan" en 1979; "El Paseo Ahumada" y "Al Bello Aparecer de este Lucero" en 1983, "Pena de Extrañamiento", 1986; "La Aparición de la Virgen", 1987, y "Diario de Muerte", libro póstumo publicado en 1989, entre los más importantes. Su poesía es fuerte, incisiva, irónica, filosófica y fuertemente transgresora. Sus tópicos principales son la relación del poeta con la muerte, el problema de la escritura, el tema del viaje, los espacios urbanos y los problemas contingentes, pero sin caer en ningún momento en el consignismo o el panfleto: "¿Para quién toca ese tambor? / No lo hace porque la mendicidad general / haya sido tácitamente legalizada / Lo hace para prestigio de la suya: / la mendicidad de nacimiento / y precursora de todas / orgullo de su volada / ¿Para

qué escribo. Para ponerle letra / a este repiqueteo / Y preferiría que nadie le prestara ninguna atención como si esto / no estuviera tácitamente legalizado / Pan-pan pan, pan-pan-pan" (De: "El Paseo Ahumada").

Nicanor Parra, siempre dentro de la antipoesía, también produce su poesía, desgarrada e irónicamente oponiéndose a todo conformismo. Entre los títulos publicados por Parra sobresalen: "Chistes para despistar a la poesía", "Coplas de Navidad" y "Hojas de Parra". Recibe en 1991 el Premio Juan Rulfo y en 1993 el Fondo de Cultura Económica de México publica una antología de su obra.

Uno de los primeros libros que llega desde afuera es "Oscuro", de Gonzalo Rojas, en 1977; es una selección de textos que realiza el autor mientras vive el exilio en Caracas, Venezuela. En este libro el poeta integra sus preocupaciones poéticas fundamentales, como la relación entre el sentido y el sonido en la escritura, la fugacidad del tiempo, el erotismo y la muerte, etc. La realidad política y social que sufre Chile puede verse en poemas dedicados a Galo Gómez, Miguel Enríquez o a las víctimas anónimas de la Dictadura: "Entonces nos colgaron de los pies, nos sacaron / la sangre por los ojos, / con un cuchillo / nos fueron marcando en el lomo, yo soy el número / 25.033, / nos pidieron / dulcemente, / casi al oído, / que gritáramos / viva no sé quién. / Lo demás / son estas piedras que nos tapan, el viento" (Desde Abajo).

Otro libro importante que llega desde el exilio es "La Ciudad", publicado en Canadá por Gonzalo Millán, poeta más joven de la generación del 60, quien obtiene posteriormente el Premio Pablo Neruda cuando se otorga por primera vez en 1987. En este libro, *Millán crea una ciudad imaginaria en la que acontecen sucesos que evidentemente se refieren a Chile*. Está estructurado como un solo extenso poema dividido en 68 fragmentos y fechado en 1978: "Amordazan con pintura las paredes. / Las paredes son altas. / Las paredes cierran. / Las paredes se separan. / Amordazan con pintura las paredes. / La lluvia las despinta. / Reaparecen fragmentos de murales. / Siglas de partidos proscritos. Consignas antiguas. / Y la última RESISTENCIA recién borrada" (Frag. 14).

Pasando a los poetas que comienzan a publicar dentro del período, es decir, la generación del 70 –o NN, como bautizó el joven poeta Jorge Montealegre a su propia generación–, se producen distintas corrientes que son las que están en plena vigencia actualmente. Una de estas corrientes es la llamada neovanguardia, que comienza a desarrollarse a partir de dos libros rupturistas y experimentales: "La Nueva Novela", de Juan Luis Martínez, publicado en 1977, y "Purgatorio", de Raúl Zurita, publicado en 1979. Esta tendencia pretende renovar el lenguaje poético tanto en su forma como en su fondo, incorporando incluso elementos que no pertenecen a la escritura. Martínez, por ejemplo, integra al libro un anzuelo y una bolsita que contiene tierra del valle central de Chile, mientras que Raúl Zurita integra en su obra primera, "Purgatorio", su electroencefalograma y el informe médico. Pero lo principal en esta tendencia es el afán experimental y renovador. Otros ejemplos de esta corriente lo entregan Diego Maquieira y Tomás Harris. Como ejemplo, este fragmento de un texto de Juan Luis Martínez: "a. La casa que construimos mañana / ya está en el pasado y no existe. b. En esa casa que aún no conocemos / sigue abierta la ventana que olvidamos cerrar. / c. En esa misma



casa, detrás de esa misma ventana / se baten todavía las cortinas que ya descolgamos” (La Casa del Aliento, Casi la pequeña casa del (autor)).

Otro grupo de poetas opta por la continuidad de la línea de la antipoesía, la búsqueda en un lenguaje más coloquial, el poema epigramático y la violenta y crítica actitud ante el lenguaje de Enrique Lihn. Ejemplo de ello es la obra de Jorge Montealegre, Mauricio Redolés, quien comienza a escribir en el exilio, pero continúa su actividad literaria en Chile, Erik Polhammer y Eduardo Llanos: “Ella es taciturna / como el funeral de un hombre justo, / pero siempre me acoge cuando busco asilo / en esa patria plena que es su cuerpo / y se alegra si yo toco sus pezones / como el timbre de una casaquinta solariega” (Eduardo Llanos: Asiladora).

La poesía producida en el sur de Chile tiene también un carácter fundamental en la creación literaria de los últimos veinte años. En el año 1975 Carlos Alberto Trujillo y Renato Cárdenas fundan en Castro, isla de Chiloé, el taller literario Aumen, que significa “eco de la montaña” en lengua huilliche, constituyéndose como el primer grupo literario con posterioridad a 1973. Desde ese momento, Aumen se convierte en un centro gravitante en el desarrollo de las nuevas promociones de poetas del sur. Se forman y colaboran en Aumen poetas como Sergio Mansilla, Nelson Torres, Miguel Gallardo, Oscar Galindo, Mario Contreras y Rosabetty Muñoz, los dos últimos residentes de Ancud. Entre sus publicaciones más importantes destacan “Escritos sobre un balancín”, 1979, y “Los territorios”, de Carlos Trujillo; “Cuatro poetas en Chiloé” de Renato Cárdenas, Sergio Mansilla, José María Memet y Carlos Alberto Trujillo. En forma paralela y en estrecho contacto con Aumen, Mario Contreras Vega funda en Ancud el grupo literario Chaicura y una revista, “Archipiélago”, desde donde organiza concursos literarios a nivel regional. En el año 1977, en Valdivia, alumnos y profesores de la Universidad Austral realizan el “Primer encuentro de poesía joven del Sur de Chile”. Como resultado de este encuentro la UACH publica en 1978 el volumen “Poesía joven del Sur de Chile”. El elemento fundamental de la poesía del sur de Chile, según Oscar Galindo, es su preocupación persistente por las problemáticas históricas, sociales y antropológicas de este espacio geográfico y cultural. Sus motivaciones nacen de la necesidad de releer y refundar poéticamente este espacio, para así reinterpretarlo desde el presente. Por esto, los poemas se relacionan estrechamente con el pasado, pero buscando lograr una lectura actual. Su temática más recurrente es la recreación del paisaje natural y los alcances de nuestra cultura en su hibridaje, pluralidad e inestabilidad.

Otro discurso característico del período es el de testimonio de la contingencia, que constituye la actividad literaria como una forma más de resistencia, en este caso cultural, al discurso ideológico del gobierno militar. Algunos autores han asumido el discurso testimonial en su poesía, pero buscando la contrapartida en el sentimiento amoroso: la presencia de la pareja y del amor para salvarse como individuo y como nación; es el caso de la línea poética que desarrollan poetas como Jaime Hales.

Se trata de una poesía de carácter doloroso, según Iván Carrasco, de ideas, pero no de tesis, que utiliza elementos como los símbolos patrios de manera equívoca para evidenciar el autoritarismo, como en “La bandera de Chile”, de Elvira Hernández, que

pone de manifiesto el hambre, los allanamientos en las poblaciones marginales, la tortura. La función de esta poesía es la protesta y el testimonio frente a la realidad de un régimen violento y cruel. Es una escritura que depende directamente del contexto, que intenta hacer conciencia para transformarlo mediante la actividad del lector, motivado por ella. Son ejemplos de este proyecto los libros "Bajo Amenaza", de José María Memet, "Los Seudónimos de la Muerte", de Gonzalo Millán, "Olla Común", de Bruno Serrano, y "Título de Dominio", de Jorge Montealegre.

Opuesta a esta poesía de denuncia, también se escribe una de carácter culterano, cuyas preocupaciones son de índole libresco, histórico o atemporales, y sus referentes son la misma poesía, el arte, la historia griega y occidental en general, caracterizada por un lenguaje depurado, neoclásico y europeizante. Ejemplos de esta poesía culterana serían Andrés Morales con su libro "Visiones del Oráculo", y Eduardo Correa, con su libro "Márgenes de la Princesa Errante": "Toco tu mano, / lentamente toco tu tiempo y tiempo / como un descubrimiento, tiempo / cuando toco y recorro / asiduamente con sed de falanges, / dejándome llevar por el deseo / de sentirte desnuda / bajo ese remedo de piel / con que te ocultas en la noche" (Texturas).

Mención aparte merece el trabajo de la mujer en la literatura dentro del período. Comienzan a escribir desde la perspectiva de lo femenino como género, indagando en sus diferencias tanto en el ámbito de la sexualidad, la maternidad como del espacio doméstico, entre otros aspectos. Como atinadamente observa el crítico y profesor Juan Villegas, quien ha dedicado numerosos estudios y una antología a la literatura femenina chilena, las mujeres que han escrito –y que escriben– poesía en nuestro país se han encontrado con un mundo cerrado, desde lo ideológico a lo literario y así numerosas autoras pese a su activa participación en la vida cultural de distintas épocas, no aparecen en las historias ni en las antologías, a lo más, en los apéndices o como esposas o amantes de poetas consagrados. Es el caso, por ejemplo, de Winett de Rokha y Teresa Wilms Montt, ambas con méritos propios, feministas en su tiempo, y cuyos textos manifiestan la incorporación del discurso lírico de la mujer en la escena vanguardista de su época. Villegas afirma que el discurso lírico femenino chileno se caracteriza por su variedad ideológica, temática y retórica. Entre los principales tópicos que aborda este discurso, se encuentra la política, la re-escritura de la historia, la insurrección feminista, la nueva relación con el tú, la degradación del antagonista, el lenguaje antipoético y popular, la desfamiliarización surrealista y antipoética y la escritura de la mujer prisionera. Finalmente considera que la mayor parte del discurso de la mujer surgido después del 80 tiende a ser un discurso subversivo, por ser la emergencia uno de los aspectos más evidentes de una lectura general de esta poesía, y la configuración de la conciencia del quehacer poético de la mujer como participante activa de la historia.

Entre los nombres de mujeres poetas más significativas surgidas en el período se cuentan Alejandra Basualto, Eugenia Brito, Teresa Calderón, Luisa Eguiluz, Soledad Fariña, Elvira Hernández, Paz Molina, Heddy Navarro, Bárbara Délano, Rosa Betty Muñoz, Cecilia Vicuña, Leonora Vicuña, Verónica Zondek, Carmen Gloria Berríos y Alicia Salinas. Como ejemplo de la escritura de la mujer en Chile citaremos el siguiente fragmento de un texto de Heddy Navarro: "Yo / la dictadora / la esclava / la demócrata /



la monarca la socialista la exótica / de Salgari la mapuche la heroica / la Janequeo / la Inés de Suárez la Tania de Bolivia / la Missmundo del año entrante / la secretaria / la maniquí de la boutique La Jenny de / Carlos Marx / la Mata Hari la Evita de Buenos Aires / la Amanda de la fábrica / la Rosa de la cocina / la Juana lavandera / la fiura de Chiloé”.

También existe un significativo número de poetas que se hace en el exilio. Es decir, su experiencia del ingreso al lenguaje poético está marcada por el desarraigo físico y existencial. A partir de esta experiencia, durante un tiempo se comenzó a hablar de una poesía del ‘adentro’ y del ‘afuera’, como si la escisión sufrida por el país tocara también el lenguaje poético. Ahora, ya más distanciados de lo que produjo este fenómeno, nos parece una afirmación sólo válida en su contingencia, pero no en su fondo. La Poesía Chilena es una, no importa que los que ingresaran a su tradición estuviesen lejos de la patria, ya sea por el exilio de ellos mismos o el exilio de sus padres. Muchos han regresado y continúan su trabajo poético en el país. Otros han optado por quedarse en los países que los acogieron y continúan en ellos sus obras. Esta poesía está caracterizada principalmente por el impacto inicial del destierro. Posteriormente, y lo que la hace más enriquecedora, es la integración de aspectos culturales propios de los países donde radicaron o radican sus exponentes. Así la tradición poética chilena se enriquece con la nórdica, norteamericana, francesa, española y canadiense, principalmente. Es el caso de poetas como Radomiro Spotorno, Alejandro Lazo, Cristián Vila, Bruno Montané, Mauricio Electorat, Luis Cociña, Gonzalo Santelices, Sergio Infante, Carlos Geiwitz y Adrián Santini, entre muchos otros.

También a estos poetas se suman otros que en Chile desarrollaban su trabajo en otras áreas culturales, pero que comenzaron a escribir poesía en el exterior. Sería, entre los más importantes, el caso de Enrique Gjordano, con su libro “El mapa de Amsterdam”, donde el autor aborda un tema siempre delicado y conflictivo como el de las relaciones homosexuales. Mientras, en Canadá, Raúl Barrientos publica “El libro de las imágenes”, obra que reúne textos escritos entre 1973 y 1988, donde podemos ver la evolución de una poesía que transita desde la denuncia de los acontecimientos posteriores al golpe en Chile hasta estructurar una temática más cosmopolita, que incluye la historia y la vida contemporánea de Estados Unidos, principalmente integrando la modernidad de una urbe de la magnitud de Nueva York. Este autor ganó la primera versión del premio Cámara del Libro, compartido con Tomás Harris, en 1993.

Otro aporte significativo en la poesía de los últimos veinte años es lo que el profesor Iván Carrasco ha estudiado y denominado como poesía etnocultural, y que corresponde a la desarrollada principalmente por los escritores del Sur. Para el crítico, esta poesía surge de la integración de las culturas indígenas y regionales con las de origen europeo. Su temática revela la marginalidad de los grupos étnicos, al poner en evidencia las discriminaciones y genocidios, las diferencias y explotaciones. En este punto hay que recordar un hecho fundamental que atañe a la historia de nuestro continente y, por lo tanto, a su cultura y a su poesía: lo que ahora llamamos las etnias minoritarias fueron los primeros habitantes, los dueños de un continente inmenso y virgen. La llegada del conquistador, ya sea español o anglosajón, produjo uno de los más grandes genocidios registrados por la historia de la humanidad. Ya lo denunció sin

reservas Fray Bartolomé de las Casas, sacerdote jesuita y encomendero también él en su época. Y lo hizo valientemente, enfrentándose a los mezquinos intereses de muchos, lleno de dolor, deseos de justicia y espíritu cristiano en su terrible y hermoso libro "Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias". Otro gran defensor y admirador de la valentía y valores del indio fue el primer poeta épico de América: Alonso de Ercilla y Zúñiga en la gesta de la conquista de Chile: "La Araucana". También poetas de la importancia de Ernesto Cardenal se han preocupado de nuestros primeros antepasados, dueños por naturaleza de la tierra, en "Homenaje a los indios americanos". Esta es la tradición recogida por el poeta valdiviano Clemente Riedeman en su poemario "Karra Maw'n" y el libro de Juan Pablo Riveros en "De la tierra sin fuegos".

Otro aspecto de importancia en esta poesía reside en incorporar las lenguas indígenas a la literatura chilena moderna, sobre todo el mapudungu. Pero también, y especialmente, esta poesía incorpora al escritor mapuche en la poesía chilena, en un discurso lírico bilingüe, que integra directamente las tradiciones ancestrales de la cultura araucana, anteriormente conservadas sólo por la tradición oral. El precursor de la actual poesía mapuche es Sebastián Queupul, cuya poesía se caracteriza por un tono de desarraigo y nostalgia. Los más importantes poetas mapuches del período son Elicura Chihuailaf, Leonel Lienlaf y Lorenzo Aillapán, ganador del premio Casa de las Américas en poesía en su versión 1993.

Para Elicura Chihuailaf, la lengua mapuche lleva integrada la poesía por ser de carácter inherentemente metafórico y marcado por una riquísima tradición animista: "Ahora pienso que con todas esas experiencias –dice el autor en una entrevista concedida a 'El Mercurio'– era difícil no llegar a escribir poemas. Si hasta mi nombre me marcaba: Elicura significa 'piedra transparente'; Chihuailaf, 'neblina extendida sobre un lago', y Nahuelpan, 'tigre-puma'". Citamos un texto de Chihuailaf para ilustrar este tipo de poesía: "En este suelo habitan las estrellas / En este suelo canta el agua / de la imaginación / Más allá de las nubes que surgen / de estas aguas y de estos suelos / nos sueñan los antepasados / Su espíritu –dicen– es la luna llena / El silencio su corazón que late" (En este suelo habitan las estrellas).

La poesía escrita en prisiones es otra manifestación importante en el período. Es una poesía escrita en el encierro y que da testimonio del oprobio de los campos de concentración de la dictadura. A veces se queda en la pura denuncia o crónica, pero en sus casos más logrados trasciende lo coyuntural configurando una escritura profundamente conmovedora, como en los casos de "Dawson", de Aristóteles España, y "Cartas de Prisionero", de Floridor Pérez: "Un receptor dispara a quemarropa / ... "ha muerto Neruda..." / El locutor menciona el poema 15 y lee el bando 20. / El cabo de guardia busca algoailable / y sigue el ritmo con la metralleta. / ("Aquí en la isla el mar, / y cuánto mar"). / Pienso pedir un minuto de silencio / pero tardo horas y horas en sacar la voz" (Septiembre 23/73).

En términos generales, éstos son los aportes propios de la poesía de los últimos veinte años que han venido a enriquecer considerablemente la literatura chilena.

En narrativa, llegan desde el exilio novelas de escritores ya consagrados que son importantísimas dentro del período: "Casa de Campo", de José Donoso en 1979, y "El



Jardín de al Lado”, del mismo autor, en 1982. También es importante la novela “Tejas Verdes”, de Hernán Valdés, cuyo tema es el de los campos de concentración en Chile, y “Viudas”, de Ariel Dorfman, una suerte de alegoría sobre los detenidos desaparecidos. Fundamental en la narrativa del exilio es la obra de Isabel Allende, recientemente investida con la Orden Gabriela Mistral por el (ex) presidente Patricio Aylwin. Su novela “La Casa de los Espíritus” indaga en el pasado histórico chileno, a través de la intimidad de la vida familiar durante variadas generaciones, utilizando para ello la modalidad narrativa denominada el “Realismo Maravilloso”. Posteriormente escribe “De Amor y de Sombra” y los cuentos de “Eva Luna”. Antonio Skármeta publica importantes novelas también en el exterior, como “Soñé que la nieve ardía” y “La Insurrección”, que narra la epopeya de la lucha guerrillera nicaragüense para librarse del régimen dictatorial de Somoza. También es importante mencionar la novela “Frente a un hombre armado”, de Mauricio Wacquéz, que constituye la crónica de Juan de Warni, que se reconstruye a través de lo que este protagonista recuerda de un tiempo perdido: su adolescencia en una casa de campo en Perier, Francia, en 1948. Lo paradójico es que el personaje narra en 1946, en un presente en el que todavía es joven. Esto nos sitúa frente a incongruencias temporales, que complican el sentido general de la novela, en cuyo interior se introduce un narrador omnisciente que hace de contrapunto con las crónicas del protagonista, Juan de Warni, que darían sentido al subtítulo de la novela “Cacerías de 1848”. Los aspectos temáticos de esta novela son el lenguaje como base de la existencia humana, el erotismo, la homosexualidad y las relaciones con el Poder. Sus referentes intertextuales se relacionan con autores de la literatura francesa contemporánea como Georges Bataille y Pierre Klossowsky.

Si bien es cierto que la actividad narrativa no es nula durante los 70 y la primera mitad de los 80, es sólo a fines de esta década cuando comienza a generarse una actividad narrativa más sistemática y abundante, que finalmente llega a constituirse en una suerte de boom, denominado Nueva Narrativa Chilena, conformado en su mayoría por autores jóvenes como Alberto Fuguet, Jaime Collyer, Arturo Fontaine, Gonzalo Contreras, Leandro Urbina y Ramón Díaz Eterovic, entre otros, quienes se encuentran en plena producción en estos momentos.

El lenguaje y la temática de estos nuevos narradores se caracteriza por su riqueza y variedad. No hay tópicos privilegiados ni visiones de mundo homogéneas. El mundo de la juventud de la clase alta, su problemática, su argot y contradicciones es desarrollado desde dentro por el joven escritor y periodista Alberto Fuguet en su libro de relatos “Sobredosis” y la novela “Mala Onda”. Otro es el registro de Leandro Urbina; en su novela “Cobro Revertido” trata el tema del exilio desde una perspectiva que va más allá de la pura crónica testimonial. A través de los amores y desencuentros de los protagonistas, sus decepciones y deseos e integrando precisos toques de humor, logra hacer con este tema una novela de resonancias universales. Marco Antonio de la Parra aborda el problema del ciudadano chileno medio, con todas sus frustraciones e hipocresías, mitos y tabús, miedos y deseos, en una narrativa incisiva, llena de connotaciones eróticas y que incluye elementos propios del psicoanálisis. Arturo Fontaine, en “Oír su voz”, intenta dar forma a una mirada totalizadora sobre el Chile

actual a través de los conflictos particulares de los personajes y los acontecimientos sociales del país. Carlos Cerda narra en "Morir en Berlín" el drama de una comunidad de chilenos que ha sido acogida por esta capital antes de la caída del muro. La acción se desarrolla mostrando los problemas de adaptación con el país que los ha acogido, los conflictos de esta misma comunidad como exiliados y la presencia de una oficina de características kafkianas. Sergio Gómez en su colección de relatos "Adiós, Carlos Marx, nos vemos en el cielo" nos introduce en un mundo donde los jóvenes de finales del siglo XX son los protagonistas, con sus conflictos, desilusiones, el cansancio existencial, la droga, la música y el escepticismo radical que caracteriza a este grupo social.

Más cosmopolita y de diversidad temática, cercano a una narrativa de corte borgiano, son los relatos de Jaime Collyer contenidos en su volumen de cuentos "Gente al Acecho", que le valió el Premio Municipal de Cuento 1993. La novela "La Ciudad Anterior", de Gonzalo Contreras, muestra el conflicto existencial del hombre a través de las peripecias de un traficante de armas en una ciudad árida e innominada, con una técnica depurada y casi perfecta. También en la nueva narrativa, dos escritores indagan en la novela de género policial, que les sirve de pretexto para tratar problemas de carácter más social y universal. Ellos son Ramón Díaz Eterovic y Rafael Ampuero. También la novela histórica se hace presente en la nueva generación de narradores con "Hijo de mí", de Antonio Gil, que consiste en las memorias de Diego de Almagro, durante los últimos días de su vida, encerrado en una Cárcel de Cusco, Perú, por Francisco Pizarro. Es una obra de un lenguaje altamente poético que, según Mercedes Valdivieso, privilegia tanto el nivel narrativo como el de la historia, y logra construir una novela histórica sin tanto énfasis en el despliegue épico, sino buscando la posibilidad de reflexionar sobre el deseo, la nostalgia y lo propiamente humano.

El espacio urbano también es tratado por la nueva narrativa chilena, intentando lograr que la ciudad se proyecte como un espacio narrativo protagónico del relato. El recorrido por los distintos lugares de Santiago, las calles, las plazas, las cárceles, las poblaciones marginales, los prostíbulos y los hospicios cobran principal relevancia en novelas como "El Infiltrado", de Jaime Collyer, que transcurre en el centro de Santiago durante los años 70 y 80. El protagonista, Simón Fabres, es el antihéroe urbano por antonomasia. Un ser que se desplaza por una ciudad ambigua, propiciadora de la relatividad y la desesperanza, metáfora que se extiende al país entero de la época en que transcurre la acción. "Lumpérica" y "Por la Patria", de Diamela Eltit, "El Mercenario ad Honorem", de Gregory Cohen, y "Santiago Cero", de Carlos Franz, constituyen otros buenos ejemplos de esa tendencia.

También es decisiva la presencia de la narrativa femenina en este proceso. Diamela Eltit publica las ya mencionadas "Lumpérica" en 1983. Posteriormente aparecen "Por la Patria" en 1986, "El Cuarto Mundo" en 1989 y "Vaca Sagrada" en 1991. Su obra se caracteriza por una intención experimental en torno al lenguaje y la necesidad de indagar en lo femenino considerando el cuerpo como el lugar donde transcurre el acontecer humano. Posteriormente se integran a la narrativa chilena femenina Pía Barros, Ana María del Río y Alejandra Basualto. Ellas trabajan un lenguaje más cotidiano, rico en referencias relacionadas con el cuerpo y el descubrimiento y desarrollo de lo erótico. Se



puede decir que es fundamental en esta generación de narradoras hacer público, a través de la palabra, lo que antes se consideraba oculto o tabú.

Finalmente, es importante considerar la publicación de novelas de autores ya consagrados, que han ganado importantes premios tanto dentro como fuera del país, como es el caso de Alejandro Jodorowsky con su novela “Donde mejor canta un pájaro”, Premio Municipal 1993, y Enrique Lafourcade, con la novela “Mano Bendita”, que llegó hasta la instancia final de la edición 1992 del Premio Planeta español, el certamen literario de mayor envergadura en lengua castellana. Ambos escritores son integrantes de la ya legendaria Generación del 57. “Mano Bendita” es la historia—contada por el mismo protagonista— de un boxeador que transita desde su edad de oro hasta la decadencia propia de los púgiles chilenos. En ella aparecen, además, la descripción de la vida de los barrios populares del Santiago de los años cuarenta, como la calle San Diego, los bares de la calle Mapocho, la plaza Yungay, etc. En suma, es la historia de la ruina física y la miseria de los personajes del submundo urbano, en este caso, los pugilistas. También Jorge Guzmán, profesor de literatura de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, publica su tercera novela, “Ay mama Inés” (Crónica testimonial). Esta es una novela histórica atípica, donde el narrador testigo se identifica a medida que transcurre la acción con la figura de doña Inés de Suárez. El cronista escoge determinados hechos de la historia y elimina otros. Su temple no es el del historiador canónico, lo que lo lleva sobre todo a imaginar recreando, mediante un lenguaje castizo y coloquial, anticuado y actual, refinado y crudo a la vez, la gesta íntima y social de una mujer en medio de la conquista de Chile. Se entregan los acontecimientos históricos no de forma lineal y ordenada, sino de manera ambigua y subjetiva. Magníficamente documentada, se puede decir que es una de las más importantes novelas escrita en Chile durante los últimos años.

Este recuento general de lo que fue la literatura escrita y publicada en los últimos veinte años muestra aspectos trágicos y también gloriosos. Desde una situación totalmente desmembrada a causa del golpe de Estado del 73, las letras chilenas, tanto la poesía como la narrativa, en sus expresiones de novela y cuento, se fueron recomponiendo, desatando amarras, luchando contra la censura, la autocensura, el exilio, la prisión, las dificultades para publicar y un prolongado desprecio por la cultura, para salir, poco a poco, de la oprobiosa situación a la que habían sido confinadas. Durante los años del período de transición, se intentó, con dificultad, pero con logros indiscutibles, recuperar para la cultura el espacio que se merece como portadora tanto de los valores como de la memoria de un país y de sus habitantes. Se crearon fondos, se constituyeron premios y se dictaron leyes que, sumadas al esfuerzo tenaz de los escritores, contribuyeron a vencer la adversidad y reinstalaron, ojalá para siempre, la literatura chilena en el sitio de importancia que nunca debió perder.

La literatura, la poesía y la narrativa ahora toman vuelo nuevamente en Chile, país que ha producido escritores de la envergadura de Vicente Huidobro, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Joaquín Edwards Bello, María Luisa Bombal y Manuel Rojas, entre tantos otros, y a su alero, estamos seguros, continuará su historia, innegablemente significativa en la literatura de habla hispana.